

Yo estaba muy asustada, pero al verla tan aterrorizada me serené un poco y empecé a hablar con ella para infundirle ánimos. Le dije que no todos los barcos a los que sorprendía una tempestad acababan hundiéndose y que tenía la esperanza de que no nos ahogáramos, pues, aunque era cierto que aquella tormenta era terrible, los marineros no parecían tan preocupados como nosotras, y así seguí confortándola lo mejor que pude, a pesar de que yo estaba tan espantada como ella y notaba también la cercanía de la muerte, y me remordía la conciencia y me angustiaba mucho, pues no tenía nadie que me consolara (pág. 161).

Puede parecer sencillo, pero un análisis de los cambios que ha introducido el traductor dará una idea de la pericia que requiere conseguir que la escena no pierda el vigor de la escena descrita en lengua inglesa y que, a la vez, retenga esa capacidad de convencer y de conmover que posee el original. El traductor, sin perder apenas nada del original, ha sabido recrear una situación como si se hubiera vivido en la lengua a la que se ha traducido:

I was frightened myself, but when I saw the girl in such a terrible agony, it brought me a little to myself, and I began to talk to her and put her in a little hope. I told her there was many a ship in a storm that was not cast away, and I hoped we should not be drowned; that it was true the storm was very dreadful, but I did not see that the seamen were so much concerned as we were. And so I talked to her as well as I could, though my heart was full enough of it, as well as Amy's; and death began to stare in my face; ay, and something else too—that is to say, conscience, and my mind was very much disturbed; but I had nobody to comfort me.

Momentos como este, en el que la fra-seología, la sintaxis y la dicción armonizan admirablemente en la boca del personaje no son la excepción, sino la regla en la traducción de esta obra al español.

Dámaso LÓPEZ

HARDY, Thomas: *Un grupo de nobles damas*. Traducción de Catalina Martínez Muñoz. Alba: Barcelona 2010. 311 pp.

Según sus biógrafos más acreditados, uno de los principales motivos que impulsaron a Thomas Hardy (1840-1928) a abandonar el género de la prosa para dedicarse por entero a la poesía, que ya había cultivado en su juventud, fue la polémica provocada por la publicación de dos de sus novelas más célebres a finales del siglo XIX: *Tess of the d'Urbervilles* (1891) y *Jude the Obscure* (1895). Para la sociedad victoriana, la representación del deseo sexual en la figura de los jóvenes protagonistas en estas dos obras resultaba a todas luces excesiva. En su colección de relatos *Un grupo de nobles damas*, Hardy se detiene también en la representación de las pasiones humanas, narrando las aventuras y desventuras, los amíos y desamores, las pasiones y decepciones de una serie de nobles jóvenes en la Inglaterra del siglo XVIII. Publicada en el mismo año que *Tess of the d'Urbervilles*, los sentimientos y emociones experimentados por los personajes de este volumen no pueden indudablemente equipararse a los descritos en las dos novelas anteriormente mencionadas, no obstante no resulta difícil descubrir en muchas de las protagonistas femeninas el mismo deseo y curiosidad por descubrir las facetas más secretas de su afectividad y sexualidad, que las impulsa a dejarse llevar, en muchos casos, por una atracción física que está sujeta a condiciones o tiende a evaporarse pasados pocos años.

Como si de un *Decamerón* al estilo gótico se tratase, las historias de estas damas se entrelazan aquí a través de las voces de los integrantes del Club de Naturaleza y Arqueología de Wessex –condado inglés que desapareció como tal en el siglo XII y que Hardy utilizó como escenario ficticio en muchas de sus narraciones– quienes, retenidos por el mal tiempo en un museo, se entretienen narrando anécdotas de jóvenes damas pertenecientes a conocidas familias de la región. La velada está protagonizada por un variopinto grupo de hombres: un militar, dos clérigos, un comerciante, un individuo que Hardy denomina “el hombre sentimental”, un padre de familia y un personaje bautizado como “Ratón de Biblioteca”. Ninguna mujer –habría sido anacrónico para la época– forma parte de este selecto “grupo de sabios” y, sin embargo, sobre ellas giran todos los relatos: los amoríos adolescentes de la Condesa de Wessex, la desesperación de Barbara de Grebe, la ansiedad maternal de Lady Mottisfont o la sacrificada espera de la honorable Laura. Sin embargo, si bien es cierto que Hardy sitúa en el centro de todas las historias a un personaje femenino, quizás no sean éstas las figuras más sugerentes de este conjunto de relatos, puesto que apenas se desarrollan y responden en todo caso a un modelo apenas variable de mujer: jóvenes que se precipitan en sus decisiones llevadas por un ardiente enamoramiento y que solo madurarán a través del sufrimiento, de la mortificación o de las enseñanzas de un hombre, generalmente mayor, que les mostrará, a veces con ingenio, otras con severidad, en qué consiste realmente ese amor al que han sido llamadas. Así, frente a estas jóvenes poco reflexivas y entregadas a sus instintos –que, en alguno de los episodios aquí contenidos, rozan lo enfermizo– los personajes masculinos revelan mayores claroscuros, miedos y debilidades, convirtiéndose de alguna manera en los verdaderos protagonistas de los textos. Unas diferencias que, lejos de caracterizar solo a las generaciones más jóvenes, definen asimismo a los personajes de los padres, que, cuando aparecen, obedecen también a un patrón similar: las figuras maternas se presentan como seres calculadores y superficiales, destinados a buscar tan solo el beneficio material para sus hijas, mientras los padres, en su discreta sabiduría, parecen ser los únicos capaces de comprender cuáles son los sentimientos verdaderos y perdurables. Son numerosas las cuestiones que se plantean tras la lectura de estas breves narraciones: ¿alude, quizás, Thomas Hardy, incluso de forma inconsciente, a la inseguridad masculina en un momento histórico, el suyo, a finales del siglo XIX, en el que la mujer alcanzaba paulatinamente una mayor libertad? ¿O pretende el autor, tal vez, como ya había hecho en otros textos, cuestionar la institución matrimonial, de estructuras tan rígidas en la época victoriana, y mostrar los comportamientos irracionales en los que pueden incurrir estas nobles jóvenes que se sienten cautivas de un infeliz destino? No en vano, en muchas de las protagonistas de estos relatos parecen resonar las palabras de Jude Fawley en *Jude el Oscuro*: “La gente decide casarse porque no pueden resistirse a sus instintos, aunque muchos de ellos saben perfectamente que probablemente estén pagando el placer de un mes con el hastío de toda una vida”.

En todo caso y, a pesar de las semejanzas existentes entre unos personajes que, en ocasiones, resultan ligeramente acartonados, Hardy presenta aquí una muy sugerente colección de relatos, cuyas tramas, ricas en apasionados sentimientos, intrigas y giros inesperados, deleitarán sin duda a sus lectores, que disfrutarán también de los ambientes tan preciosamente elaborados –los bosques, las frías alcobas, los oscuros pasillos de los palacios– y unas figuras, que situadas entre lo fantástico y lo siniestro, dotan al conjunto de relatos de un atractivo halo de misterio.

Con la publicación de esta colección de relatos Alba hace gala de nuevo de su profunda sensibilidad editorial, subrayando también su empeño en ofrecer al lector una extraordinaria calidad en sus traducciones. Catalina Martínez Muñoz firma esta espléndida versión del texto en la que destaca especialmente la exquisita elección del vocabulario, que tras escasas páginas sumerge al lector en un mundo casi legendario, y una depuradísima sintaxis, que mantie-

ne el ritmo de la prosa de Hardy sin imponer al lector de lengua española estructuras provenientes del inglés que le resulten ajenas y poco idiomáticas.

Lorena SILOS RIBAS

JAMES, Henry: *Los papeles de Aspern*. Traducción de Catalina Martínez Muñoz. Alba: Barcelona 2010. 166 pp.

Un narrador anónimo, de profesión editor, llega a Venecia con el propósito de encontrar a Juliana Bordereau, la antigua amante de su admirado Jeffrey Aspern, poeta americano fallecido hace ya tiempo. Según ha descubierto el editor, la ahora centenaria señorita Bordereau vive todavía en la ciudad de la laguna, recluida en un *palazzo* con la única compañía de su sobrina Tina que, dedicada por completo a los cuidados de su tía, observa cómo su juventud se marcha lentamente en las oscuras estancias del caserón. Convencido de que la anciana posee aún reliquias de su relación con Aspern, el editor, alegando que necesita de un lugar tranquilo donde poder trabajar, se las compone para conseguir que la dama acceda a alquilarle una de las numerosas alcobas vacías de la casa, sin revelarle, claro está, sus verdaderas intenciones. La llegada del editor al mortecino *palazzo* hace renacer en Tina, la ingenua y anodina sobrina, la esperanza, casi olvidada, de llegar a amar y sentirse amada. Así, cuando el narrador —consciente de esta ventaja y dispuesto a sacarle el mayor partido— le confiesa sus planes de hacerse con los codiciados papeles de Aspern, Tina, solícita, promete ayudarle a llevarlos a cabo, aunque esto signifique traicionar a su venerada tía que la había designado salvaguardia de los valiosos documentos. Son éstas las premisas de esta fascinante novela breve que atrapa al lector desde la primera página y que Henry James publicó en 1888, supuestamente inspirado por un rumor que había llegado a sus oídos durante un viaje a Florencia y según el cual un investigador habría cortejado a una dama de la ciudad con el mero objetivo de conseguir cartas privadas de Lord Byron y Percy B. Shelley, antiguos amante y amigo, respectivamente.

Nacido en Nueva York en 1815, Henry James residió en Inglaterra los cuarenta últimos años de su vida, convirtiéndose, gracias a esta dualidad trasatlántica, en un privilegiado testigo de los encuentros y desencuentros culturales entre América y Europa, continente por el que viajó ampliamente y que retrató, con gran precisión pero también ironía, en muchos de sus textos. También en *Los papeles de Aspern*, novela breve publicada por vez primera en la revista *The Atlantic Monthly* entre los meses de marzo y mayo del año 1888, James plasma de manera sutil las actitudes y comportamientos de los ciudadanos americanos residentes en Europa, que, como él, habían quedado cautivados por la distinción de sus gentes, la belleza de sus tradiciones y por su profundo legado cultural, mas observaban con un cierto paternalismo, que rozaba la arrogancia, sus modos caducos y una mentalidad socio-política anclada, a su modo de ver, en el pasado. Las habitantes del *palazzo* veneciano, responden sin duda a este paradigma: sólidamente aferradas a costumbres de antaño, habitan un vacío emocional en el que el tiempo parece haberse detenido y los días transcurren como si de un fantasmagórico baile de máscaras se tratara. Valiéndose de la curiosidad del narrador, ávido de conocer todos los detalles de la relación entre Aspern y la señorita Bordereau, el texto se entretiene en las descripciones de estos dos personajes. Henry James, gran conocedor de la psicología humana, exhibía una profunda maestría cuando retrataba el alma femenina, como muestran no sólo las figuras de Julia Bordereau y de su sobrina Tina, sino también las numerosas mujeres que pueblan sus relatos y que dan fe de la profunda capacidad analítica del autor: Daisy Miller, figu-